

en qualquiera otra lengua, puede muy bien atribuirse á Dios sin pecado (a).

N. 47. En quanto á la circuncision, aunque es comun á los Judíos con los Egipcios y los pueblos de la Cólchida, no pueden sin embargo ser comparados entre sí en esta parte, porque todos ellos la practican por razones muy diferentes. Así es que los que ofrecen unos mismos sacrificios y unas mismas oraciones, no se parecen de ningun modo, si las dirigen á Divinidades diferentes: y así es tambien que las sectas de los Filósofos Griegos, de los Epicuréos, de los Estóycos y de los Platónicos, no porque empleen los mismos términos de justicia y valor, están conformes entre sí, quando se trata de explicar la naturaleza y funciones de estas virtudes. Por lo que respeta á lo demás, harto me he extendido acerca de la circuncision, en mi comentario sobre la Epístola á los Romanos.

N. 48. En el número 48. hay ideas muy singulares acerca de la circuncision; y sería tan enfadoso como inutil que las exâminásemos.

N. 49. Por lo que hace á la abstinencia, bien

(a) Esta confesion lo fixa ce conocer el language humano; y de ningun modo principio acerca de la Divinidad. No se debe atender las sílabas, que es absolutamente arbitrario, y muy diferente en las diferentes lenguas.

seguro es, que los Judíos no se vanaglorian de que se prohiben la carne del puerco, como si este fuera un punto de la mayor importancia. Es verdad que ellos distinguen dos clases de animales, *puros é impuros*, y colocan al puerco entre estos últimos; pero dan razones de esta distincion, que Jesus abolió últimamente. Uno de sus Discípulos que lo ignoraba y decia: *Yo no he comido jamás cosa inmunda*, oyó una voz que le respondió: *No llames inmundo lo que Dios ha purificado.* (Ac. Ap. 10.)

Poco nos importa á nosotros, como ni tampoco á los Judíos, lo que Celso añade de los Sacerdotes Egipcios, que no solamente se abstienen de la carne de puerco, sino tambien de la de cabra, oveja, buey y pescado. Nosotros que sabemos, que *lo que entra por la boca no mancha al hombre* (Mat. 15.), y que *el alimento no constituye en manera alguna nuestro mérito á los ojos de Dios* (I. Cor. 8.), no hacemos vanidad de que nos abstenemos de él; pero tampoco comemos por sensualidad. Dexamos que los Pitagóricos se vanaglorien de que se abstienen de la carne de todos los animales, sin embargo de que hay una notable diferencia entre su abstinencia y la de nuestros Ascétas; porque la de ellos no tiene otro fundamento que su absurda metempsicosis, pero nosotros nos proponemos *castigar nuestro cuerpo, reducirlo á servidumbre, reprimir la fornicacion, la impureza, la concupiscencia y todos los deseos des-*

arreglados. (I. Cor. 9. Colos. 3.)

N. 50. »No es creible, continúa Celso, que los Judíos sean mas agradables á Dios que ninguna otra nacion; ni tampoco que á ellos solos envió Dios Angeles.“

Es cosa muy facil probar contra Celso, que los Judíos fuéron singularmente favorecidos de Dios. Los mismos infieles llaman al Dios de los Hebréos, *el gran Dios*. La proteccion divina ha resplandecido manifestamente, conservando los tristes restos de esta nacion, preservandola de las conseqüencias del resentimiento de Alexandro de Macedonia, con quien los Judíos no quisieron unirse contra Darío, su aliado. Tambien se lee, que este conquistador se postró ante el Gran Sacerdote de los Judíos, y dixo que habia visto en sueños á aquel Pontífice, el qual le anunció que conquistaria toda el Asia.

Nosotros, pues, afirmamos que los Judíos fuéron protegidos de Dios sobre todos los demás pueblos, y que este favor y esta proteccion pasó de ellos á los que han creido en Jesus. Y así es que los Romanos han apurado en vano su poder, para exterminar á los Christianos. El brazo de Dios peleaba en favor de los Christianos, y Dios quiso que su palabra desde un extremo de la tierra se esparciese por todo el universo.

N. 51. Esto basta para responder á las calumnias de Celso contra los Judíos. Pasemos á examinar las demás objeciones, y hagamos ver que

tenemos sobrado fundamento para gloriarnos de que conocemos al Dios supremo; que ni Moysés ni Jesus pudieron seducirnos por medio de prestigios; y que antes por el contrario nuestra suma felicidad es haber oido á Dios por boca de Moysés, y haber reconocido por Hijo de Dios á Jesus, cuya Divinidad se halla certificada por el mismo Dios. En una palabra, estamos seguros de que serémos grandiosamente recompensados, si conformamos nuestra vida á la doctrina de Jesu-Christo.

Acúsanos Celso de que nos parecemos á los Egipcios, que no tienen vergüenza de adorar á los insectos mas despreciables. ¿Qué podemos responder á una acusacion semejante? ¿No hemos ya justificado suficientemente el culto que tributamos á Jesus? Ni quando decimos, que en la doctrina de Jesus se halla la verdad pura y sin mezcla alguna, pretendemos vanagloriarnos; sino que lo decimos en gloria de nuestro Divino Maestro, por quien testifican el Dios del universo, los oráculos de los Profetas Judíos, y la evidencia misma; porque es evidente que Jesus no podia haber hecho tantos y tan grandes prodigios sin el auxilio de Dios.

N. 52. Veamos ahora la continuacion de las objeciones de Celso. »Dexemos á un lado, dice, »todo lo que podríamos decir contra su Maestro, »y aún demos que fuese un Angel. Pero ¿ha sido »él el primer Angel? ¿Ha sido el único? Porque

"si responden, que ha sido el único, se con-
 "tradicen á sí mismos; puesto que nos refieren,
 "que á un mismo tiempo viniéron sesenta ó se-
 "tenta Angeles, que por haberse despues perva-
 "rido fuéron finalmente precipitados en lugares
 "subterráneos, donde expian sus crímenes. Tam-
 "bien aseguran, que habia un Angel en el se-
 "pulcro de Jesus, otros dicen que dos, los qua-
 "les anunciáron á las mugeres la resurreccion de
 "Jesu-Christo: sin duda el Hijo de Dios no pu-
 "do por sí mismo abrir su sepulcro, y necesi-
 "tó de un Angel, para que levántara la pie-
 "dra. Un Angel fue tambien el que advirtió á
 "aqueel artesano, que Maria estaba embarazada;
 "y otro les advirtió que huyesen con el niño.
 "¿A qué fin todo esto, y tantos Angeles que
 "fuéron tambien enviados, ya á Moysés, ya á
 "otros? Jesus, pues, es sin duda un Angel que
 "Dios ha enviado. Los Christianos pretenden que
 "fue enviado para cosas de la mayor importan-
 "cia. ¿Qué cosas son esas? ¿Los pecados de los
 "Judíos, las falsas interpretaciones que estos da-
 "ban á su ley, y la depravacion de las costum-
 "bres?"

N. 53. Bien pudiéramos contentarnos con ob-
 servar, que lo que hemos ya dicho de Jesus,
 refuta anticipadamente lo que Celso acaba de
 oponernos; mas porque no se crea que dexamos
 alguna cosa sin respuesta, añadiremos algunas
 reflexiones. Celso pretende alabarse de que nos

disimula muchas objeciones; pero si va á decir
 verdad, él ha apurado todo quanto tenia que
 decir, y ha usado al último de esa figura de
 retórica. A él le parece que nos hace una gra-
 cia muy particular, concediendonos, que Jesus
 es un Angel, ó un enviado de Dios. Jesus vi-
 no á enseñar y salvar á todos los hombres; es-
 te es un hecho, que nuestros ojos atestiguan.
 Pregunto, pues, ahora: ¿bastaba un Angel or-
 dinario para esta empresa? No por cierto; sino
 que era preciso, que viniera, como dice el Pro-
 feta, *el Angel del gran consejo.* (Is. 9.) Él anun-
 ció á los hombres el gran designio del Dios del
 universo sobre ellos; esto es, que todos los que
 viviesen en la verdadera Religion, y conformes
 á sus preceptos, merecerían tener parte en la fe-
 licidad del mismo Dios; al paso que los incre-
 dulos y rebeldes serian apartados de la presen-
 cia de Dios, y perecerian sin recurso...

N. 54. y 55. Lo demás que Celso dice, de esos
 sesenta ó setenta Angeles, lo ha tomado de los
 libros de Enóch, que no ha comprendido;
 quanto mas que la Iglesia no los recibe como
 divinos.

Siguen ahora algunas tranquilas que Celso
 propone acerca de los Angeles, pero que en la
 realidad son propias de algunos hereges, como
 por exemplo, Apéles, que no admitia los libros
 de los Judíos, y negaba por consiguiente las apa-
 riciones de los Angeles que se refieren en ellos.

N. 56. Deseoso Celso de hallar alguna contradicción en los Evangelistas, nota que unos hablan de dos Angeles que aparecieron en el sepulcro de Jesus, y otros de uno solo. La contradicción se desvanece, si se atiende á que los primeros, esto es, Matéo y Marcos, hablan del Angel que levantó la piedra del sepulcro; y los segundos, Lucas y Juan, de los dos Angeles vestidos de blanco, que se aparecieron á las mujeres junto al sepulcro, ó en el interior mismo del sepulcro. No es este lugar oportuno para probar la verdad de la relacion de los Evangelistas, ó investigar el sentido alegórico de que es susceptible...

N. 57. Entre los Griegos hallamos también nosotros muchos exemplos de apariciones, que no solamente sus autores fabulosos, sino los mismos Filósofos nos han transmitido. ¿No teneis por muy auténtico todo lo que os refieren los Griegos? ¿Hallais en ellos alguna cosa, que os parezca ridícula? Pues ¿por qué motivo no habeis de creer, sino que habeis de dar el título de impostores, á unos hombres consagrados al Dios del universo, que sufrirían toda especie de tormentos y aun la muerte, primero que pronunciasen una mentira acerca de la Divinidad? ¿Por qué, digo, no los habeis de creer, quando afirman que viéron con sus propios ojos á los Angeles? Los que aman y buscan la verdad, hacen un escrupuloso exámen antes de pronunciar

que un historiador es verídico ó mentiroso.

Por lo demás, nada tiene de extraño que los Angeles anunciasen la resurrección de Jesus; y aun se puede asegurar, á mi parecer, sin faltar á la verisimilitud, que los que creyeron en esta Religion, y cuya admirable y consumada virtud fue fruto de su fe, tuvieron Angeles en su compañía, los quales contribuyeron á su conversión.

N. 58. Celso declama vivamente contra lo que refieren los Evangelistas, del Angel que levantó la piedra que cubria el sepulcro de Jesus, *como si el Hijo de Dios, dice, no pudiera quitarla por sí mismo.* Pero sin recurrir al sentido figurado, hágase únicamente la reflexión tan natural, de que la dignidad y autoridad de Jesus resplandecen mucho mas, haciendo que sus ministros los Angeles le hagan este servicio.

No quiero detenerme á decir, que los Judíos, reos de la muerte del Verbo, interesados en que se creyese que habia muerto para siempre, no querian que su sepulcro se abriese; pero que un Angel, mas poderoso que todos sus enemigos, levantó la piedra que lo cubria, á fin de que los Discípulos de Jesus, que lo creían muerto, se convenciesen de que estaba lleno de vida, y que se les habia adelantado en concurrir á los lugares, donde habia de explicarles el sentido fundamental de las verdades sublimes, que ya les habia enseñado, pero que ellos todavía no comprendían del todo.

¿Y qué ventaja puede sacar Celso, de esos Angeles que Dios envió á Maria, á Joseph y á Moysés? ¿Acaso el ministerio de Jesus, tan superior y tan importante, se debe confundir con el ministerio de esos Angeles? Nada menos que eso. Jesus, pervertida la fe no menos que las costumbres de los Judíos, vino para trasladar el reino de Dios á otros pueblos, que con el exemplo de sus virtudes, formadas sobre su creencia, procuran en todas nuestras Iglesias atraer los infieles al verdadero Dios.

N. 59. y 60. Celso dice muchas cosas inútiles ó muy poco exáctas acerca de nuestras Escrituras. Él asegura que *la grande Iglesia (a) sigue la misma creencia sobre este punto.*

(a) Esto es, *la Iglesia Católica.* Nótese de paso el respeto que imprimia á sus mayores enemigos. En todos los escritos de los Paganos y de los Hereges puede verse, que las sectas heréticas, por mas que han difamado y calumniado á la verdadera Iglesia de Jesu-Christo, jamás se han confundido con ella, ni han podido participar de su autoridad, ó de la veneracion que inspiraba aún á los infieles. Así es que la rabia de los perseguidores la ha distingui-

do siempre de los hereges, á quienes no perseguia sino que los despreciaba; porque conocian, que únicamente la Iglesia Católica era temible para ellos, á causa de la divinidad de su doctrina, de la santidad de sus costumbres, de la firmeza invencible de su valor, y de las continuas victorias que conseguia de ellos; y porque inundando la tierra con la sangre de sus hijos, parece que derramaba sin cesar una semilla de nuevos Christianos.

Es cierto que los Christianos y Judíos creen igualmente, que las Escrituras han sido divinamente inspiradas, pero no están de acuerdo en quanto á la explicacion de ellas: porque nosotros no nos paramos, como los Judíos, en el sentido que presenta la corteza de la letra: y aun decimos que *quando los Judíos leen á Moysés, tienen los ojos cubiertos con un velo (II. Cor. 3.)*; porque el espíritu de la ley de Moysés es desconocido á los que no quieren entrar en el camino señalado por Jesu-Christo; y sabemos que quando alguno de ellos se convierte al Señor, que es espíritu, se rasga el velo, y ve claramente como en un espejo, la gloria del Señor, que la letra de la ley le habia ocultado hasta entonces.

N. 61. 62. y 63. «Téngase entendido, continúa Celso, que yo no ignoro, que entre los Christianos, unos reconocen el mismo Dios que los Judíos; y otros admiten uno contrario á este, que envió su Hijo á los hombres.»

Si Celso acusa á los Christianos, porque están divididos en diferentes sectas, será preciso que acuse tambien á los Filósofos y á los Médicos, que tienen esto mismo de comun con los Christianos. Pero porque haya entre nosotros algunos que niegan que el Dios de los Judíos sea el de los Christianos, ¿han de ser por eso acusados los que prueban lo contrario con las Escrituras? Así Pablo, que de los Judíos se había pasado á los Christianos, *doy gracias á Dios, di-*

ce, á quien sirvo desde mi infancia. (II. Tim. I.)

Celso nos atribuye tambien varios errores que los hereges sostienen: mas así como los que no admiten la Providencia, no son verdaderos Filósofos; del mismo modo, los que han imaginado sistemas absurdos y proscritos por los Discípulos de Jesus, no son tampoco merecedores del nombre de Christianos. Luego es en vano que Celso cite un número considerable de estas sectas, y exágere sus desarreglos y extravagancias, quando de todo eso nada puede concluir contra la verdadera Iglesia de los Christianos, que las desconoce, y las arroja de su seno con horror. (a)

„Los Christianos, continúa Celso, se ensangrientan unos contra otros; se tienen un odio mortal; y el amor de la paz ó deseo de la reunion no será bastante para que cedan en cosa ninguna.“

Sin embargo de eso, es cosa bien sabida, que los que profesamos la doctrina de Jesus, y la hemos tomado por regla de nuestra conducta, no solamente no nos permitimos injurias é invectivas contra los que piensan de distinto modo que nosotros, sino que *quando nos maldicen, bendecimos; y si nos persiguen, sufrimos sin quejarnos* (I. Cor. 4.). Ni hay cosa alguna que nosotros no haga-

(a) Orígenes ha respondido 13. Puede verse lo que no do ya á la misma objecion, nosotros hemos hecho notar en el libro tercero, n. 12. y acerca del mismo asunto.

mos con el mayor gusto por convertir á los que se han extraviado, atraerlos al único Criador, y hacer que vivan siempre, como que ha de llegar el dia del juicio. Finalmente, quando todas nuestras tentativas no han producido efecto alguno, entonces seguimos el precepto del Apóstol: *Huye del herege, despues que lo hayas corregido hasta dos veces, porque entonces es ya pervertido sin recurso, y su propio juicio lo condena.* (Tit. 3.) Unos hombres que dicen, *bienaventurados los pacíficos*, estan muy lejos de aborrecer y de encarnizarse contra sus hermanos poseidos del error.

N. 64. y 65. En los últimos números, ni se halla ninguna verdadera dificultad de Celso, ni tampoco discurso alguno interesante de Orígenes: todo se reduce á cosas vagas, repeticiones, y observaciones acerca de algunas heregias, que se extinguieron y olvidaron hace ya muchos siglos.

A esto respondemos, que si los Doctores de
Fin del libro quinto de Orígenes contra Celso.